

El Espíritu Santo es el término glorioso del amor del Padre y del Hijo; y ¿nosotros quisiéramos buscar un término distinto á los afectos del corazón? Nos causa ciertamente, tristeza y vergüenza el pensar en nuestra gran miseria. Llevamos en el alma un riquísimo tesoro; nos ha dotado el cielo con admirable y prodigiosa fuerza de ternura, con la que podemos ganar la paz del corazón y la eterna dicha; mas ¡ay! que malgastamos el tesoro inestimable del amor en vanidades y miserias; y al dormir el sueño de la muerte, acaso se diga de nosotros: Quedaron perturbados todos los de incensato corazón. Durmieron su sueño; y todos esos hombres opulentos se encontraron sin nada, y vacías las manos. (1) Tristísimo infortunio, y en aquel entonces, sin remedio. Mas ¿por qué no hemos de evitar á tiempo desgracia semejante?

Israel, decía un Profeta, está consagrado al Señor, y es como las primicias de sus frutos..... ¿Es acaso algún esclavo, ó hijo de esclava..... Y ¿qué es lo que pretende con marchar hácia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? ¿Ó qué tiene qué ver en el camino de Asiria, ni para qué tomar el agua del Eufrates?..... Como queda confuso un ladrón cuando es cogido en el hurto, así quedaron confundidos los hijos de Israel, ellos y sus reyes, los príncipes y sacerdotes, y sus profetas, los cuales dicen á un leño; Tú eres mi padre; y á una piedra: Tú me has dado el sér que tengo. [2]

Sí, la confusión y la vergüenza cubren el rostro y nos dejan humillados. ¡Haber amado tanto tiempo á las criaturas olvidándonos de Dios! Y no es que Dios

(1) Ps. LXXV. 6. (2) Hierem II. 3, 14, 18, 26, 27.

nos haya tratado con dureza, ó haya disminuido sus favores. ¿Por ventura he sido Yo para Israel algún desierto, ó tierra sombría que tarda en fructificar? Pues ¿por qué motivo ha dicho mi pueblo: Nos retiramos; jamás volveremos á Ti? ¿Podrá acaso una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una novia de la faja que adorna su pecho? Y sin embargo, mi pueblo me ha olvidado innumerables días. [1]

Mas el Señor nos quiere para Sí, y es preciso aprovechar su inefable y santísima bondad; serémos suyos, y le amarémos con todo el corazón. Él será quien lleve nuestro afecto en pos de su grandeza: por Él saldrán del pecho; mil suspiros; y por lograr su amor tendrémos todo lo demás, como basura. [2] Pensar en Dios, ved la eterna ocupación de nuestras almas; servir á Dios, nuestro constante y decidido empeño; amar á Dios, el término glorioso á donde el corazón tiende sus alas, y ansioso á todas horas pretende descansar.

## CAPITULO XII.

### § I.

#### LAS NOCIONES DIVINAS.

Al separarnos de la tierra que amamos arroja el alma un suspiro, suspiro que el viento lleva en sus alas, cuyo recuerdo á todas partes llevamos con nosotros. Pasan los meses y los años; muy léjos acaso, nos hallamos de esa tierra; pero volvemos á ella nuestros ojos, y volvemos de nuevo á suspirar: ¡cuántas veces nos ocupamos en traer á la memoria sus recuerdos, pintando con bellísimos colores sus paisajes! ¡cuán hermoso, nos decimos á nosotros mismos, es su limpio y

(1) Id. V. 31, 32. (2) Philip III. 8.

azulado cielo; y la luz esplendorosa de sus astros; cuán apacible su argentada luna! elevados y umbrosos son sus montes, sus valles tendidos y espaciosos; son tranquilas las aguas de sus lagos; cubiertos sus campos de vistosas flores, dulce y misterioso el murmullo de sus fuentes, y sus brisas cargadas de fragancia.

Mas ¡ay dolor! léjos nos hallamos de esa tierra á la que mandamos envuelto en un suspiro, el corazon.

¿No adivináis que hablamos de la patria? pues ella en sus paisajes, ella nada más, puede reunir para nosotros tan bello panorama. Sin embargo de lo dicho, elevad vuestros ojos todavía más alto: no nos referimos á la tierra que nos vió nacer. ¿No recordáis que acabamos de salir de las bellisimas regiones donde vive Dios? Hemos concluido nuestro humilde trabajo acerca de la circumesion; y lo dicho está explicado. Anda el hombre como fuera de sí mismo, cuando piensa en Dios; ¡oh! cuánta dulzura y consuelo, é inefables delicias gustamos en ese divino pensamiento! Ver al Padre en el Hijo, y en el Espíritu Santo; y al Hijo en el Padre y en el Espíritu Santo; y á ese Espíritu divino en el Padre y el Hijo; y todos tres teniendo la misma esencia, la misma gloria, y ventura, y poder y majestad suprema. Todo esto nos encanta y admira, y deleita, dejándonos rendidos de ardiente y santo amor, al pié del trono de nuestro inmenso y soberano Dios.

Con razon, pues, el alma suspira y se entristece, al dejar tan amable y sagrada materia; y sin embargo, la que ahora tomamos entre manos nos llenará de consuelo: las Nociones divinas.

Despues de lo dicho se nos presentan éstas, como

gratos recuerdos de las glorias y divinas grandezas del Señor, en que nos hemos ocupado, ó cual celestes mensajeras que nos traen alegres nuevas de nuestro Dios amado. Al verlas llegar corremos á su encuentro, y ansiosos y festivos, les preguntamos: ¿qué nos decís de nuestro tierno Padre, de su amado Verbo, y de Aquél Divino Espíritu por quien estamos suspirando de continuo? Y las escuchamos sin perder una palabra, porque cada una de las que salen de sus labios, es gota de ambrosia divina que endulza y alegra nuestro corazon, que tanto tiempo anhela por su Dios.

Mas ántes de escuchar lo que nos digan las mensajeras de Dios, contemplemos su gracia y encanto, el nítido esplendor de su belleza, la luz de su cándido ropaje, y en cada una el atractivo peculiar que cautiva el corazon cuando las vemos.

Cinco son las bellas misioneras que han bajado al mundo para darle á conocer más perfectamente, al Dios Altísimo: lleva cada una la razon propia de conocer la persona ó divinas personas, á quienes se refiere. (1)

Su procedencia es soberana y excelsa, porque pertenecen al origen; pues las personas se constituyen y distinguen por solas las relaciones: su dignidad y perfeccion es muy grande; (2) y es peculiar y muy bella la luz con que alumbran el alma; puesto que, lo que es comun á las tres personas, no basta para conocer y distinguir la Una de la Otra. (3)

(1) D. Th. 1. p. q. 32. a. 3. (2) Cerboni. (3) Billuart hic. Gotti qui ait: Ex dictis, notio est ratio cognoscendi unam, vel duas personas. Esto último corresponde solamente á la espiracion activa.

Las cinco nociones de que hablamos, son la innascibilidad, la paternidad, la filiación, la espiración activa y la pasiva. Las dos primeras nos dan razón del Padre; la tercera del Hijo; la cuarta de Uno y Otro; y la quinta del Espíritu Santo. Oigamos ya, lo que cada una nos dice respectivamente de las divinas personas.

La innascibilidad nos habla del Padre. Ved, nos dice, la primera, que el Padre no ha venido de nadie, ni á nadie reconoce por principio de su Sér; que ántes Él es el origen y la fuente de las divinas emanaciones. No haber salido de otro, es propio de Ésta divina persona; y á Ella sola nada más conviene; y pertenece al origen, á lo ménos, de un modo negativo, á la manera que la negación en algún sentido, afirma, reductivamente según el lenguaje de la escuela.

¿De quién ha recibido el Divino Padre el inmenso tesoro de la divinidad? quién ha puesto en su seno las infinitas riquezas del poder y la grandeza, la virtud y la ciencia, la bondad y la dicha? Todo lo tiene de Sí mismo, pues que por sí mismo es grande, infinito, adorable, perfecto, innascible. Lleva en su mano el cetro del imperio; y todos los seres que hayan de venir á la existencia, le cantarán himnos de alabanza, le tendrán por su Criador, quedando sujetos á su mando.

La noción de que tratamos, aunque es negativa en cuanto al nombre, por lo que viene revelando entre las sombras del misterio, en realidad es positiva, por cuanto enseña que el Padre es la fuente de toda la Divinidad.

Y dejemos que sea negativa sea noción; ¿no os parece que áun cuando se conozca al Padre, como distinto positivamente de las otras personas, por la pa-

ternidad y espiración activa, el conocimiento que adquirimos de El, al contemplarlo innascible, es hermoso y santo, y digno de todas nuestras atenciones? [1]

Ni debe llamar la atención que aquél adorable primado, y la suma dignidad del Padre, se nos presenten bajo el velo trasparente de una negación; pues ¿no es cierto que áun las perfecciones positivas del Eterno, las exponemos muchas veces, con palabras negativas? Así decimos que Dios es infinito, inefable é inmutable. Grande es el Señor, decía un profeta, y su grandeza no tiene límites. [2] Y ciertamente, más bien conocemos las perfecciones infinitas quitándoles todos los defectos de los que tenemos más conocimiento, que afirmando aquellas divinas grandezas que tan léjos están de nosotros. (3)

La innascibilidad distinguiendo la primera persona por orden de su origen, sírvenos también, para asegurar el número de las personas: ántes del Padre no hay nadie, como después del Espíritu Divino no existe otra persona en la santa y adorable Trinidad. (4)

Que pase, pues, la hermosa mensajera, anunciando á todo el mundo, las grandezas de la primera persona, y haciendo que el mundo se rinda y adore al que no vino de otro, y de quien todo procede y recibe la vida.

La paternidad. Ved una luz radiante y pura, que alumbra nuestros ojos: la paternidad, que añade á la anterior noción, el conocimiento del Padre; pues aunque la innascibilidad es propiedad del Padre, no es propiedad personal porque no constituye su per-

(1) Charnes. In object. (2) Ps. CXLIV. 3. (3) Billuart. (4) Charnes. cit.

sona; (1) mas la paternidad nos pone delante aquella infinita grandeza que en el Padre se llama la autoridad de principio; (2) aquella fecundidad santa y adorable en virtud de la cual comunica á su Hijo la divina esencia y todas sus adorables perfecciones; y en fin, nos indica los inefables y sagrados gozos de la primera persona al engendrar á su Divino Hijo.

Grandeza, fecundidad y santo gozo; estos tres rayos de divina luz, brotando del fondo mismo de la noción de que tratamos, nos revelan cuán humilde y profunda debe ser la adoracion que debemos rendir á la santísima persona del Padre. ¿No es cierto que la grandeza por su propio rango, lleva en pos de sí todos los miramientos y atenciones; que cuando somos inferiores á las personas con que tratamos sentimos como una fuerza estraña que hace que inclinemos la frente, y delante de ellas, nos mantiene atentos y obsequiosos? Y ¿qué son todas las grandezas de este mundo, comparadas á la infinita grandeza del Señor?; y nuestra miseria ¿se hunde, por ventura, á tan profundo abismo en presencia de los hombres, como estando delante del Señor?

Busquemos, pues, la más profunda sima para humillarnos, al rendir nuestras adoraciones al grande y altísimo Dios, de quien procede toda paternidad en los cielos y la tierra. (3)

Y ¿el gozo del Padre no hará palpitar nuestro pecho? ¡Ah! Sino le amásemos, acaso pudiera ser oportuna tal pregunta; mas el amor nos hace ver, los bienes del Padre, como nuestros, y su dicha, su gozo,

(1) Gotti. (2) D. Th. 1. p. q. 33. a. 1. Licet attribuamus Patri aliquid autoritatis ratione principii: nihil tamen ad subjectionem, vel minorationem quoquomodo pertinens attribuimus Filio vel Spiritui Sancto. Et. q. 32. a. 3. Ad. 4. (3) Ephes. III. 15.

como la dicha y el gozo verdadero que esperamos: ¿esperamos solamente? No, que desde el tiempo de la vida esos gozos inundan en dulzura nuestras almas. Sí, gozamos porque el Padre es grande, y en su admirable y divina fecundidad, hay una fuente de infinita dicha. Es Padre, y ¿de quién lo es? de Aquella amabilísima persona que engendra eternamente en su seno; su imagen expresa y hermosísima, viva y sustancial, llena de fuerza y de virtud; que le es enteramente igual, el esplendor de su gloria, su Verbo purísimo y eterno, á quien como al mismo Padre, es debido el honor y la más profunda y humilde adoración de todas las criaturas.

¡Ah! ¿quién no admira aquella infinita potencia generativa, siempre en actividad, á la que, más bien que tal nombre, corresponde el de acto purísimo? (1) Y esa fuerza, comunica al Verbo un caudal infinito de grandeza y poder; y un júbilo inmenso y divino: Te ungió, ho Dios, el Dios tuyo con óleo de alegría. (2)

Entre la humilde adoracion y la alabanza que rendimos al Divino Padre, parece tambien que nuestras almas, á su manera son ungidas con óleo de alegría, llegando hasta nosotros ese júbilo de Dios. Gozaos en el Señor, decía San Pablo, gozaos en el Señor. (3) ¿Qué motivo tan hermoso y santo tenemos para gozarnos en la primera persona de la Santísima Trinidad? Es el Padre del Divino Verbo; y en este Verbo tiene sus divinas y eternas complacencias; porque es su Hijo muy amado, eterno, adorable y perfecto. Al oír el nombre de Hijo de Dios, de Verbo del Pa-

(1) Billuart. (2) Ps. XLIV. 8. (3) Philip. IV. 4.

dre, la filiacion se adelanta trayendo consigo nuevos encantos, y una hermosura que deslumbra y cautiva nuestras almas.

Escuchad una voz que desciende de lo alto, y pregunta: ¿Quién dicen los hombres que soy? Los hombres no contestan porque no conocen al que habla ni á su Padre. (1) Vuelve la voz á preguntar, diciendo: ¿Vosotros quién decís que soy? Mudos quedamos sin saber que decir; mas la filiacion entónces, se adelanta y dice con sonora y firme voz, como en otro tiempo San Pedro: Tú eres el Hijo de Dios vivo. ¡Oh, cuánta grandeza y verdad encierran tan breves palabras! El Hijo de Dios, existe del Padre, y con el Padre, ántes de todos los siglos: fué engendrado, y con todo es tan grande y eterno como el mismo Padre: su Hijo, y por lo mismo, le es consustancial; su imagen, y enteramente semejante al mismo Padre; su bello esplendor, y por tanto coeterno al mismo Padre; su Verbo, en fin, que permanece siempre en el divino seno de ese Padre, de quien no lo separa la deidad, no lo divide el poder, no lo diferencia la eternidad. Hijo de Dios, no adoptivo, sino propio; no creado, sino engendrado del mismo Padre; no hecho comparable con el Padre; mas sí nacido igual al mismo Padre. Hijo por quien todas las cosas han sido hechas, y sin quien no se ha hecho nada; que hace todo lo que hace el Padre obrando inseparablemente con Él, lo que obra el mismo Padre. Hijo cuya divina igualdad con el que lo ha engendrado, no la robó; sino que permanece en la forma de la gloria del Divino Padre. (2)

(1) Joann. XVI. 3. (2) D. León. De Transf. Domin.

El Hijo de Dios, la sabiduría del Padre, se alaba á Sí mismo, y se honra en su Padre..... diciendo: Yo salí de la boca del Altísimo, engendrado primero que toda criatura. Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y como una niebla cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse mi morada, y mi trono sobre una columna de nubes..... Desde el principio, y ántes de los siglos, recibí el Sér, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros. (1)

La eternidad y la grandeza, la gloria y el poder, la luz hermosa y pura, que alumbra en los cielos, y el regio trono levantado sobre toda grandeza; ¿no veis cómo brilla todo esto, cual auréola divina que rodea con espléndida y santa hermosura al Hijo de Dios? Puede por lo mismo, decir estas palabras: Yo me regocijaré con sumo gozo en el Señor, rebosando de alegría en el seno de mi Padre, pues me ha revestido del ropaje de la salud, dándome su misma esencia; me ha cubierto con el manto de la justicia, como esposo adornado con girnaldas, y como esposa ataviada con sus joyas. (2) Mi Padre me tuvo consigo, al principio de sus obras; desde el principio, ántes que criase cosa alguna. Desde la eternidad tengo Yo el principado de todas las cosas, desde ántes de los siglos; primero que fuese hecha la tierra. Todavía no existían los abismos, y Yo ya estaba concebido..... Y disponía con mi Padre todas las cosas: y me deleitaba cada día, regocijándome continuamente en su presencia. (3)

Que también la filiacion, la mensajera de Dios, pu-

(1) Ecci. XXIV. 1, 5, 7, 14. (2) Isa. LXI. 10. (3) Prov. VIII. 22.